

EL NARRADOR JOSÉ REVUELTAS,
LA TIERRA Y LA HISTORIA

POR

EDITH NEGRIN
Universidad Nacional Autónoma de México

Uno de los escritores que construye la narrativa mexicana contemporánea, rompiendo con la linealidad y el simplismo de muchas de las novelas y relatos de las primeras décadas de este siglo, es José Revueltas (1914-1976). La obra de este escritor no es, lamentablemente, muy conocida fuera de las fronteras nacionales.

La figura de Revueltas ha adquirido rasgos legendarios por su biografía política: paradigma del intelectual contestatario, en un medio en el cual es ésa una actitud poco común. La militancia comunista en varias organizaciones fue una constante en su existencia. Conoció la prisión, en la forma de un reformatorio juvenil, a los 14 años; fue encarcelado, por última vez a los 54, en la Cárcel de Lecumberri —hoy Archivo General de la Nación— donde permaneció 3 años. Entre ambos confinamientos hubo otros, a las Islas Marías, así como otras manifestaciones de represión, por parte del poder. Inmerso en la participación política, practicando desde el activismo más elemental hasta la más compleja reflexión teórica. Revueltas produjo una obra original, cuya evaluación como totalidad está por hacerse.

Sus obras completas, recopiladas como tales después de su muerte¹, abarcan 25 tomos que incluyen, además de sus escritos literarios, cartas y apuntes, los artículos periodísticos y los ensayos políticos y filosóficos.

Por lo que hace a la literatura, es en la novela y el relato donde Revueltas alcanza sus mejores momentos; aunque algunas de sus crónicas periodísticas siguen vigentes por la calidad de su prosa². Escribió también teatro, e hizo algunos acercamientos a la poesía.

¹ La edición de las *Obras Completas* de José Revueltas ha estado a cargo de la Editorial ERA (México). El primer volumen, reedición de la novela *Los muros de agua*, apareció en 1978. Los dos últimos, bajo el título de *Las evocaciones requeridas* I y II, que incluyen material parcialmente inédito, diarios, cartas, apuntes, se publicaron en 1987.

² Por ejemplo la "Visión del Parícutín", crónica que Revueltas publicara en 1943 sobre la explosión del volcán, ha sido incluida por Carlos Monsiváis en su *Antología de la crónica en México* (México: UNAM, 1979).

El autor publicó su primer relato, "Foreign Club", en 1938, y el último, "Hegel y yo ..." en 1974. En algo más de 3 décadas de escritura narrativa vio la publicación de 7 novelas, *Los muros de agua* (1941), *El luto humano* (1943), *Los días terrenales* (1949), *En algún valle de lágrimas* (1956), *Los motivos de Caín* (1957), *Los errores* (1964), *El apando* (1969), y 3 colecciones de relatos, *Dios en la tierra* (1944), *Dormir en tierra* (1960) y *Material de los sueños* (1974).

El seguimiento cronológico de estas obras va perfilando a un sujeto narrador a la vez muy sensible al acontecer histórico y persistente en unas cuantas obsesiones. Así, si por encima de los títulos, principios y finales que, sustentados en la materialidad de un determinado número de páginas, señalan los límites de cada cuento o novela, consideramos el conjunto de esta producción como un sólo texto, encontramos que éste posee una gran unidad y coherencia.

Uno de los elementos de esta unidad es la actitud hermenéutica del narrador; su convicción de que, ocultos por la superficie perceptible de la vida cotidiana, se encuentran los significados verdaderos.

Dos obsesiones fundamentales y fundadoras entran en juego, se oponen y a la vez se complementan, ramificando por todo el tejido textual. Una es la indagación sobre la condición humana, cuya sola enunciación sugiere intemporalidad. La otra es la historia que horada la intemporalidad y redefine constantemente al hombre. Si la militancia política de Revueltas estuvo vertebrada por la convicción de que los hombres hacen su historia, sus textos literarios muestran una tensión entre esta premisa y su cuestionamiento. Tal tensión se convierte en un centro generador de la literatura revueltiana.

En este contexto, pienso que una incisión en el sistema de vasos comunicantes constituido por esta narrativa, que sirva de entrada a su compleja problemática, es la dialéctica entre la tierra y el desarraigo.

DE "LOS DIAS TERRENALES"

En 1972, entrevistado por la periodista Margarita García Flores, José Revueltas dijo:

Yo hubiera querido denominar a toda mi obra *Los días terrenales*. A excepción tal vez de los cuentos, toda mi novelística se podría agrupar bajo el denominativo común de *Los días terrenales*, con sus diferentes nombres: *El luto humano*, *Los muros de agua*, etcétera. Y tal vez a la postre eso vaya a ser lo que resulte, en cuanto la obra esté terminada o la dé yo por cancelada y decida ya no volver a escribir novela o me muera y ya no pueda escribirla. Es prematuro hablar de eso,

pero mi inclinación sería ésa y esto le recomendaría a la persona que de causalidad esté recopilando mi obra, que la recopile bajo el nombre de *Los días terrenales*³.

La idea de dar un título a la totalidad de su corpus novelístico sugiere la plena conciencia de su madurez como escritor, por parte de Revueltas. En 1967 había aparecido una compilación de sus obras narrativas publicadas hasta entonces, autorizada y prologada por él mismo, que se titula simplemente *Obra literaria*⁴.

Lo cierto es que, al momento de la entrevista, el autor ya casi había finalizado su producción narrativa; tres años antes había publicado *El apando*, su última novela y uno de sus textos más perfectos.

Dos años después de su entrevista con Margarita García Flores, daría a la imprenta una colección de relatos, *Material de los sueños*; pero de los 7 cuentos que integran el libro, 4 habían sido ya incluidos en la *Obra literaria* y 2 se habían dado a conocer en revistas.

El escritor falleció en 1976. Sus palabras sobre la denominación de su universo de novelas bien pueden considerarse una especie de última voluntad; y así parecen haberlo hecho los coordinadores de sus obras completas; cada novela lleva como epígrafe la cita mencionada.

La sugerencia del nombre deseado por Revueltas luce ahora, a cierta distancia temporal, acertada, aún por lo que hace a los relatos —en mi opinión—, pese a las rasgos específicos que éstos presentan. El elemento tierra tiene que ver con la problemática de muchos de los cuentos y está en el título de las dos primeras colecciones, *Dios en la tierra*, *Dormir en tierra*. En la 3a. colección, el volumen más abiertamente onírico del escritor, este elemento ha dejado una huella en la voluntad de conferir aun a lo imaginario un asidero terrenal, *Material de los sueños*.

“Los días terrenales”, que es asimismo el título de la 3a. novela de Revueltas, considerada por él la mejor, es una frase que conduce de inmediato a las imágenes y los acontecimientos de la narración bíblica: el paraíso terrenal, el primer pecado, la expulsión de Adán y Eva. Otros nombres de novelas, *En algún valle de lágrimas*, *Los motivos de Caín*, hacen explícito también el sustrato bíblico que informa la obra revueltiana.

Así, el destierro del paraíso de la primera pareja, como origen simbólico de la humanidad, es un hecho fundamental para la narrativa de Revueltas. La dialéctica entre la tierra y el desarraigo, la culpa que condena al hombre a vivir errante, aparecen, bajo diversos ropajes, en relatos y novelas.

³ Margarita García Flores, “José Revueltas: entre lúcidos y atormentados”, en *Diorama de la Cultura*, suplemento de *Excelsior* (México: 16 de abril de 1972).

⁴ José Revueltas, *Obra literaria* (en dos tomos). (México: Empresas Editoriales, 1967).

A partir de este hecho fundador, la expulsión del edén de los primeros hombres, el sustantivo *tierra* adquiere en el universo del autor un carácter polisémico. Con frecuencia este sustantivo va acompañado de un verbo asimismo crucial: pertenecer. Por oposición a estos términos, el destierro, la no-pertenencia, van configurando, a lo largo de los textos una espacialidad del desamparo humano.

Para comprender en toda su significación el funcionamiento de la tierra y lo terrenal en esta narrativa, es necesario enmarcarlo dentro de la tematización de la infinitud y el desamparo.

LA INFINITUD, EL DESAMPARO

Desde los escritos iniciales hasta los últimos, es evidente en el narrador Revueltas la preocupación por el desamparo en que los hombres se encuentran y que suele vincularse con la conciencia de la infinitud. Algunos ejemplos.

En la primera novela, *Los muros de agua* (1941), uno de los personajes positivos, la militante comunista Rosario, evoca su adolescencia; en ella, a las muchas frustraciones se añadía el terror ante la noción del infinito que sus estudios de matemáticas le revelaran. Recuerda Rosario:

[la maestra] repetía con voz aguda y chillona la fórmula de la circunferencia, y aquello sonaba tan extraño que era extremadamente difícil penetrar el sentido — de pronto místico, absurdo— de lo que quería explicar. “Phi por R al cuadrado”, luego “tres, catorce, dieciséis”. Por qué aquella desoladora propensión al infinito?⁵

En la vivencia de la adolescente hay un eco del conocido aforismo de Pascal: “El silencio eterno de esos espacios infinitos me espanta”⁶. Así, en la angustia de Rosario se encuentra el germen de la visión trágica de Revueltas, que lo vincula con el pensamiento existencialista. La infinitud es tempo-espacial en la concepción del filósofo cristiano; lo es también en la del escritor comunista. En las narraciones de Revueltas lo infinito se opone, por una parte, a la historia, y por otra, a la tierra.

En otro pasaje de la misma novela, el infinito está simbolizado por el mar. Uno de los personajes, durante la travesía que va a conducirlo a las Islas Marías, reflexiona:

⁵ José Revueltas, *Los muros de agua*, 1941 (México: ERA, 1981), p.58.

⁶ Blaise Pascal, *Pensamientos* (Madrid: Alianza Editorial, 1981), p.81.

porque el océano Pacífico era, sin duda, el más viejo de los mares, el primero de todos ellos, cuando en el mundo no había tierra y todo consistía solamente en un errar sin meta y sin principio (p.45).

La condición errante, que en este fragmento se asocia a la ausencia de tierra, y en otras narraciones a la carencia de tierra propia, es una actitud frecuente de los personajes revuelbianos. En una novela que el escritor no llegó a terminar, *El tiempo y el número*, cuyo primer capítulo se publicó en 1967⁷, de nuevo el mar significa lo infinito. 'El tiempo' y 'el número' a que alude el título son, desde mi punto de vista, en base a los fragmentos que se conservan del texto, las formas con que el hombre enfrenta la infinitud.

En algunas de las obras el infinito se concretiza en descripciones de espacios siderales, donde impera la ingravidez.

Así, en el relato "La palabra sagrada" (*Dormir en tierra*), la protagonista se oculta en un polvoriento desván y lo percibe como un "universo absurdo ... entre los muertos planetas". Ella se siente como "el ángel del tiempo ... inspector de las ruinas siderales"; y ante un globo terráqueo reflexiona "el ángel del tiempo miró con profunda pena a esta culpable esfera"⁸.

En la novela *Los errores* se habla también de "tiradero sideral"⁹.

La falta de contacto con la tierra en algunas ocasiones asume la forma de la angustiada sensación abismal a la que aluden repetidamente en sus reflexiones el narrador y los personajes. En el volumen *Dios en la tierra*, uno de los relatos se llama "El abismo"¹⁰.

Las diversas formas de decir el infinitivo van siempre unidas a la angustia, a la conciencia que los hombres cobran de su desamparo, de su radical inseguridad —esta última es una de las características definitorias de la visión trágica del mundo¹¹. Estos antecedentes nos permiten abordar ya la problemática de la tierra.

⁷ El primer capítulo de *El tiempo y el número*, publicado en 1967, así como el segundo, aparecido en 1975, están en el volumen de las obras completas titulado *Las Cenizas* (México: ERA, 1981). Este volumen recoge relatos publicados en revistas, o inéditos, y fragmentos de narraciones.

⁸ José Revueltas, "La palabra sagrada", en *Dormir en tierra*, 1960. (México: ERA, 1982), pp. 27, 28.

⁹ José Revueltas, *Los errores*, 1964 (México: ERA, 1980), p. 44.

¹⁰ José Revueltas, "El abismo", en *Dios en la tierra*, 1944, (México: ERA, 1979).

¹¹ De acuerdo al filósofo contemporáneo Walter Kaufmann, que ha revisado las distintas teorizaciones sobre la tragedia, un factor constante, definitorio en la visión trágica del mundo es la "inseguridad radical del hombre". Véase Walter Kaufmann, *Tragedia y filosofía* (Barcelona: Seix Barral, 1978), pp. 186-187.

LA TIERRA, LA HISTORIA

Un texto que resume la polisemia de la tierra en la narrativa de Revueltas es su segunda novela, *El luto humano*.

La anécdota de la novela se desenvuelve en dos planos temporales, presente y pasado; ambos relatados por un narrador omnisciente.

El presente de la novela se ubica, mediante numerosos indicadores, en la década de los treinta, en un pueblo mexicano. En este plano del presente, los acontecimientos son escasos, despaciosos y reiterativos. Unos cuantos campesinos, tras la muerte de la única niña del pueblo, emprenden, junto con un sacerdote, la búsqueda de un nuevo lugar en donde establecerse. En juego intertextual con la Biblia, al viaje de los campesinos se le llama 'éxodo', y al sitio que persiguen, 'tierra prometida'.

De hecho el pueblo estaba ya casi desierto, a causa de la miseria que sucedió a unos breves años de bienestar, proporcionados por los beneficios de la reforma agraria estatal. Los pocos que quedaban emigran, muerta la única niña del pueblo y tratando de huir de una tormenta, especie de diluvio bíblico que, a la postre, los vence.

La caminata de los campesinos en el presente pierde pronto su objetivo y se vuelve circular; simultáneamente, el tiempo de la acción se va empantanando hasta desembocar en la ahistoricidad¹². Al final de este viaje agónico, los hombres, enemistados entre sí, esperan inmóviles la muerte, refugiados en el techo de una casa, desde donde contemplan a unos zopilotes que, a su vez, los observan ávidamente.

La sucesión de los hechos del presente es interrumpida con frecuencia, estacionada por las reflexiones de los personajes, atravesada por sus recuerdos que, al complementarse, van conformando el plano del pasado.

A la inversa de lo que ocurre en el presente, el plano del pasado está informado por la historicidad. Integrados los fragmentos, presentan un panorama de la historia del siglo XX en momentos significativos: los años finales de la dictadura porfirista, la lucha armada de la revolución de 1910, la guerra religiosa protagonizada por campesinos mexicanos, entre 1926 y 1929; y la estabilización del sistema político surgido de la Revolución. Tal estabilización se manifiesta en la reforma agraria, que vive una de sus mejores etapas en los treinta. La reforma agraria

¹² En mi opinión, quien mejor ha estudiado la función del tiempo y la historicidad en *El luto humano* es Antoine Rabadán, cuyos lineamientos al respecto sigo en términos generales. Véase Antoine Rabadán, *El luto humano de José Revueltas*, (México: Editorial Domés, 1985).

conllevó la instalación de un sistema de riego que produjo un efímero bienestar a los habitantes del pueblo en que ocurre la acción de *El luto humano*; es el antecedente inmediato del plano del presente.

En la novela se alude también a otros hechos históricos que no llegan a significar la introducción de nuevos planos temporales y que funcionan más en un sentido simbólico que estrictamente histórico. Así, hay referencia a la conquista y a la colonización de México, pero sobre todo como el origen simbólico de la nacionalidad mexicana. Por otra parte, la voz del narrador omnisciente, evoca, hacia el final de la novela, la revolución soviética de 1917— a través de la mención de Stalin— pero como una esperanza: como culminación de un proceso que, en el curso de la trama, quedó frustrado.

Por los grupos sociales a que pertenecen casi todos los personajes, campesinado y lumpenproletariado, el recorrido por la historia nacional se hace desde la óptica de los desposeídos, si bien se complejiza con la única perspectiva distinta, la del cura, que se identifica por completo con el narrador omnisciente. Y el hilo conductor del recorrido de esta historia es la búsqueda de espacio vital, por parte de estos desposeídos, espacio vital simbolizado por la tierra.

La historia vivida por los personajes se inicia con un acto de desarraigo. A principios del siglo XX, después de una lucha fallida de un grupo de indígenas yaquis por defender parte de su territorio, varias familias fueron obligadas a emigrar a otra parte del país. Una mujer indígena, al verse desterrada, opta por no seguir viviendo:

vinieron “pelones” para llevarse muy lejos a las familias, que por orden del supremo gobierno.

Las condujeron hasta la estación del ferrocarril ... Era abandonar la tierra, dejar todo.

La madre de Antonia tuvo un gesto sombrío. El tren, pausado, aproximábase como una bestia de fuego.

—No vamos, es mejor morir— dijo la madre de Antonia, y tomando de los pies a su hijo de un año lo estrelló contra la vía del ferrocarril

—¡Eres una víbora, india hija de la chingada! —exclamó un soldado, a tiempo que la atravesaba con la bayoneta¹³.

No es casual que el niño muriera en la vía del ferrocarril, pues éste era el emblema de la incipiente industrialización del país, del progreso a que aspiraba la dictadura porfirista.

¹³ José Revueltas, *El luto humano*, 1943, (México: ERA, 1981), pp.62-63. Salvo otra aclaración, todos los subrayados en el texto son míos E.N.

A partir de esta escena se establece una relación que va a ser constante en la obra: la pérdida de la tierra equivale a la pérdida de la identidad y conduce a la muerte. En el contexto de la trama, el fallecimiento del niño simboliza el final de la raza indígena, final que supone el nacimiento de una nueva raza. La hermana del niño, Antonia, única sobreviviente de la familia, tiene una existencia signada por la necrofilia —“rodeada por la muerte, hecha para la muerte”(p.63)—; pero va a tener un hijo, fecundada por un hacendado español. Tras esta repetición del mestizaje mítico, todos los personajes mexicanos van, en adelante, a ser mestizos.

En el desarrollo de la historia, la tierra se liga con otro elemento, la religión. Se implica que el mestizaje no sólo cambió la identidad de los mexicanos, sino que destruyó sus sentimientos religiosos:

Algo quedó faltándole al pueblo desde entonces. La tierra, el dios, Tlaloc, la tierra sí (p.171).

La religión se articula y se imbrica con la tierra para constituir ese ‘algo’ de que los mexicanos, entonces indígenas, fueron despojados por la conquista y la colonización españolas. La guerra cristera mexicana se trata, en la novela, como un movimiento campesino que intentaba recuperar ese ‘algo’. El sacerdote describe las atrocidades que, por parte de ambos bandos, se cometieron en esta guerra, y comenta:

¿Qué pueblo asombroso, qué pueblo espantoso? Sólo podía explicarse por la desposesión radical y permanente de que había sido objeto el hombre, que si defendía a Dios era porque en él defendía la vaga, temblorosa, empavorecida noción de sentirse dueño de algo, dueño de Dios, dueño de la iglesia, dueño de las piedras, de algo que jamás había poseído, la tierra, la verdad, la luz, o quien sabe que, magnífico y poderoso (p.172).

El sentido del vínculo entre tierra y religión se esclarece si se tiene presente la definición que el narrador, a propósito del cura, ofrece de esta última, “lo religioso tenía para su iglesia un sentido estricto y literal: *religare, ligarse, atarse*” (p. 29, en cursiva en el texto). Se esclarece, asimismo, si se recuerda que la religión, como elemento aglutinador, como enlace entre los hombres, antecede al nacionalismo¹⁴. En esta perspectiva, la religión, junto con la tierra, cobran todo su sentido. A los mexicanos les ha sido arrebatada la religión, no sólo en tanto espacio de

¹⁴ Sobre la función histórica de la religión y el nacionalismo como enlaces entre los hombres, véase Benedict Anderson, *Imagined Communities*, (Londres: Verso Editions, 1983), pp. 18-19.

comunicación y de unidad con entidades trascendentes, sino en tanto espacio de comunicación y de unidad de los hombres entre sí. Es decir, fueron despojados del 'algo' que la religión, junto con la tierra, significan: el espacio vital, la comunidad, la identidad, el país, la nación; en breve, la patria.

Así, *El luto humano* presenta el surgimiento —en el plano del pasado— y la agonía —en el del presente— de una nación, México, desde la óptica de los campesinos, de los oprimidos.

La revolución de 1910, la guerra cristera, la construcción del sistema de riego durante la reforma agraria, presentan a las masas unidas luchando por su tierra y la posibilidad de trabajarla. El presente de la trama muestra a un puñado de hombres desunidos e indiferentes.

Las masas que lucharon, en la revolución de 1910, por la tierra¹⁵ —lo cual es decir, por la patria— la obtuvieron cuando, gracias a la política agraria del régimen, recibieron la tierra y la forma de explotarla gracias al sistema de riego. Pero fue un logro efímero. Una combinación de factores sociales, en que causas y efectos se confunden, conduce el sistema de riego al fracaso y a los hombres a la miseria. Se describe la deficiente construcción del sistema; el asesinato del personaje más positivo de la novela, Natividad, líder comunista con rasgos cristianos, a manos de un mercenario del gobierno; la incapacidad de los hombres para establecer entre sí relaciones solidarias. El éxodo de los habitantes del pueblo, que sucede a la decadencia del proyecto, implica que los campesinos pierden la patria que habían creído conquistar. La muerte de la pequeña Chonita, que abre la novela, es un acontecimiento similar al de la muerte del niño que significaba la aniquilación de la raza indígena; pero en el presente la aniquilación será definitiva. A partir de la muerte de la niña, cancelado el futuro, las fuerzas de la muerte se han instalado entre los personajes.

La relación entre la tierra y la identidad de los hombres se mantiene en esta temporalidad del presente de la novela, y en ambas predomina la negatividad. Se reitera la identificación de las mujeres con la tierra; algunos ejemplos:

Cecilia era la tierra, las quince hectáreas de Ursulo ... era la tierra de México (p.186).

¹⁵La lucha por la tierra fue, en efecto uno de los fundamentos de la revolución de 1910. José Revueltas reitera este tema en un extenso —y aún no filmado— guión cinematográfico sobre la vida y lucha de Emiliano Zapata, llamado precisamente *Tierra y libertad* (México: ERA, 1981).

todo lo que pasaba afuera, el rumor del viento, la lluvia, el río, lo sentía dentro de sí la Calixta, como si ella fuera la tierra (p.89).

[la Borrada] Malintzin de tierra, otra vez en la tierra (p.128).

Se establece una analogía entre la esterilidad de la tierra y la de las mujeres en el plano del presente —y en este contexto la esterilidad es otra forma de decir la muerte. En la misma escena, la del velorio de Chonita, se presenta la parodia siniestra de una mujer encinta en la figura de una campesina hidrópica, y se informa de la carencia de flores en el pueblo:

La Calixta parecía embarazada a causa de la hidropesía y su flacura; de esta suerte era extraordinaria y como más sucia ...

Nadie llevó flores —sólo Jerónimo una botella de tequila que a todos ofrecía con su mirada húmeda y tierna— porque la pobreza era muy grande y flores no se podían encontrar en sitio alguno (pp. 33-34).

La tierra y los hombres mexicanos, fruto de un mestizaje impuesto, de una falta de integración, tienen atributos contradictorios:

así era la tierra de este país: tierna, cruel, hostil, cálida, fría, acogedora, indiferente, mala, agría, pura (p.29).

Fuera de ellos [Ursulo, Adán, Cecilia, Chonita] el paisaje parecía el mismo e interior paisaje que llevaban dentro, desesperanzado, contradictorio (p.29).

Lo dominante, lo definitorio de la tierra, en el presente es el carácter necrofílico, y del paisaje se ha extendido a todo el país:

tierra avara y yerma: extensiones de cal dura y sin misericordia donde florecían las calaveras de los caballos y escuchábase el seco rumor de las culebras sedientas; desgracia de tierra apenas con sus cactus llenos de ceniza y agrío jugo de lágrimas remotas, hundidas en lejana geología (p.26).

Y este país era un país de muertos caminando, hondo país en busca del ancla, del sostén secreto (p.25).

De ahí que, cuando en el viaje del presente los campesinos renuncian a buscar 'el ancla', 'el sostén secreto', 'la tierra prometida', la patria, el tiempo se empantana y desemboca en la ahistoricidad. A la progresiva aniquilación de la

historia corresponde la progresiva desaparición de la tierra bajo la inundación. Los personajes se ven forzados a subir a la azotea, porque el agua ha cubierto la superficie de tierra.

En *El luto humano*, en síntesis, la tierra entra en juego con la comunidad, la identidad, la religión, la historia y la patria, en una combinatoria compleja en la que los elementos, en dinamismo constante, se aproximan, complementan, imbrican o confunden en diversos momentos de la narración. Esta articulación de factores tiene un signo positivo, con una sola excepción, la tendencia necrófila que es común a la tierra y a los hombres mexicanos en el plano del presente.

En esta visión que sitúa en la conquista y la colonización, en el mestizaje forzado, la negatividad de origen de la nación mexicana es objeto de las reflexiones del narrador y los personajes:

Tenía Adán esa sangre envenenada, mestiza, en la cual los indígenas veían su propio miedo y encontraban su propia nostalgia impercedera, su pavor retrospectivo, el naufragio de que aún tenían memoria (p.18).

Mientras persistiera el símbolo trágico de la serpiente y el águila, del veneno y la rapacidad, no habría esperanza. Se había escogido lo más atroz para representar —y tan cabal, tan patéticamente— la patria absurda, donde el nopal, con sus flores sangrientas era fidedigno y triste, los brazos extendidos por encima del agua, cruz extraña y tímida, india y resígnada (p.36).

La concepción de que estos fragmentos dan muestra, entronca con la filosofía de él y lo mexicano, corriente que ha tenido diversos momentos en el panorama del pensamiento nacional, y uno de cuyos textos seminales en el presente siglo es *El perfil del hombre y la cultura en México*, de Samuel Ramos, publicado en 1934. La misma preocupación por explicar la especificidad de los mexicanos mediante herramientas psicológicas e históricas a que responde el ensayo de Ramos, se detecta en la novela de Revueltas.

Sin embargo, incluso en el plano presente de *El luto humano*, en el que la tierra aparece ligada a la negatividad, esta negatividad no es total; el verdadero desastre del pueblo y la muerte de sus habitantes se produce cuando se separan de su tierra y renuncian a buscar otra. Justamente uno de los problemas de esta etapa es que los hombres se habían mostrado incapaces de explotar amorosamente la tierra.

Lo que domina en el texto y en el resto de la obra de Revueltas es la visión positiva de la tierra, y la articulación de elementos negativos que a ella se oponen incluye el destierro, el desarraigo, la desubicación, el vacío, la ahistoricidad, la infinitud.

Desde el punto de vista de las ideas, lo definitorio de los textos narrativos de Revueltas es la tensión paradójica entre dos sistemas de pensamiento contemporáneo, el existencialismo y el marxismo. Por lo que hace a la tierra, ella y los elementos que a su alrededor se agrupan, se vincularían con el marxismo — dos de tales elementos, historia y comunidad, son reveladores de esa vinculación. A su vez, los elementos relacionados con la ausencia de tierra se conectarían con el existencialismo, en un sentido muy lato.

PERTENECER

En 1943, cuando poco después de la publicación de *El luto humano*, José Revueltas recibió el Premio Nacional de Literatura, leyó, en una reunión de escritores, un texto que confirma la visión de la tierra que se desprende de esta novela y de otras narraciones. El texto se titula “El escritor y la tierra”, y se inicia así:

La primera condición del escritor —hay que decir también del carpintero, del albañil—, la primera condición del hombre es pertenecer. Parece obvio, pero al hombre se le dijo esta primera palabra de pertenecer y también se le dijo a la piedra y al árbol. El árbol pertenece, está ubicado, tiene un sitio. Nada más simple, nada más evidente y prodigioso. Entonces hay que cumplir con la palabra ardiente de pertenecer. Y quien es el escritor, que manos tiene para estar por encima de las cosas, por encima del desorden, él, representante, que debiera ser representante, del desorden, del caos, de la lucha, de las tinieblas que quieren llegar a convertirse en luz?

Hay que tomar nuestro vestido de tierra, nosotros féretros que tenemos pasos, y comprometernos ligándonos al mundo.

Y finaliza:

Quiénes somos para no pertenecer?
Nuestra primera condición es estar en la tierra¹⁶.

¹⁶ José Revueltas, “El escritor y la tierra” en *Visión del Paricutín (y otras crónicas y reseñas)*, (México: ERA, 1983), pp. 205-206.